

EUSKAL-ERRIA

REVISTA VASCONGADA

T.º LXVI

SAN SEBASTIÁN 30 DE ENERO DE 1912

N.º 1049



Excmo. Sr. Conde de Urquijo.

FIGURAS DEL PAÍS VASCO

El Excmo. Sr. Conde de Urquijo.

ESTÁ en San Sebastián. Su porte, su elegancia, su buen gusto, exigenle, como marco, una ciudad bella, aristocrática, refinada. Y ahí le tenéis: a ratos paseándose con sus amigos, hablando de política, de letras, de ideas, de muchas cosas relacionadas directamente con la gran vida pública; y a ratos demostrando sus características aptitudes de elegancia y sport, lo mismo cuando dirige un auto como cuando guía brioso corcel en espiritual y novísimo carruaje.

Cuando le veo al Conde de Urquijo, la presencia de su arrogante figura me trae a la memoria aquella anécdota de ilustre condesa que, hallándose en la corte de Austria presenciando un baile de gala, llamó su atención el vestuario sencillísimo y correcto de un joven, en medio de la fastuosa exhibición de riquísimas condecoraciones, que a los toques de los rayos de grandes focos de luz irisaban en múltiples y maravillosos colores. La condesa preguntó al general que a su lado se sentaba: Diga V., general, ¿y quién es aquel joven tan distinguido que no ostenta la menor distinción?

El Excmo. Sr. Conde de Urquijo; es uno de los vizcaínos más netos, más amantes de las costumbres y cosas privativas de su país. En su vida política puede decirse que su paso por la Excm. Diputación de Vizcaya, constituyó el punto culminante de sus condiciones de gobernante.

Dedicado hasta entonces casi por entero a una vida de no tantos azares y tribulaciones como la política, y aun creyéndosele, como se le creía, ajeno a toda dirección gubernamental, sus primeras palabras

desde el alto sitio de la Diputación de Vizcaya despertaron interés, más tarde apasionamiento entre los mismos que se mantenían alejados de su amistad, y, por último, sus actos constituyeron la apoteosis del triunfo de una gestión acertada y veraz. Tuvo sus momentos de un desequilibrio político, encarnado quizás en la misma excelcitud de su proceder; acaso por las armas inusitadas que entonces, como en todo tiempo y a todo gobernante, esgrimieron los que creyéronse sus enemigos. Pero ¡quién no se equivoca! ¡Qué gobernante no fracasa en España a las cuatro semanas de mando! ¡Quién carece de enemigos! Mas su paso por la Excma. Diputación de Vizcaya, si para nosotros constituyó paso de triunfo glorioso, para todo el mundo dejó el Conde huellas imborrables de cultura y sinceridad, rasgos sobresalientes de un cerebro nada vulgar. Fué entonces, en funciones de presidente de la Diputación de Vizcaya, cuando estalló una huelga minera en nuestra provincia hermana. Las procacidades é imprudentes insolencias de un ministro de la Corona, agravaron el conflicto en términos que barruntábase imposible el término pacífico de la contienda.

Bilbao entero, el país vasco en masa, protestó de semejante ex-abrupto. Había que cristalizar en forma social aquella protesta. Había que decir paladinamente a aquel ministro que cuando se empuñan aun- que no sea más que ribetes de las riendas del gobierno de toda una nación, la prudencia en el hablar es, en ocasiones, más necesaria que un código de sabia legislación, y consecuentemente la táctica en el obrar, algo exclusivo de gobernantes de primera fila.

Pero entonces, Bilbao no dudó ni un momento. Las fuerzas vivas de Vizcaya, todo cuanto representaba valor moral, economía, iniciativa y progreso, vida, en una palabra, de todo un pueblo, vieron en un hombre la genuina representación de sus latidos y aspiraciones. Ese hombre fué D. Adolfo Gabriel de Urquijo, presidente de la Diputación de Vizcaya. Y precisamente la imprudencia de aquel ministro hería con traicionero zarpazo las fibras más delicadas del sentimiento vizcaíno. Era a la sazón presidente del Consejo de Ministros el general López Domínguez (q. e. p. d.), de estancia en San Sebastián.

El Sr. Urquijo, al frente de una brillante, numerosa y respetable comisión de personalidades bilbaínas, trasladóse de la invicta villa a la hermosa capital guipuzcoana, y ante la representación del gobierno, ante el general López Domínguez, protestó en nombre de Vizcaya entera, en elocuentísimo discurso, del atrevimiento e ignorancia de aquel

ministro y de la forma desatentada con que una parte de la prensa madrileña coadyuvaba a aquella nefanda labor.

El acto por su trascendencia—pues fué la desautorización del ministro por su Jefe de gobierno—, por los intereses que se ventilaban y por los conceptos que durante su peroración emitió el Sr. Urquijo, obtuvo resonancia nacional y subsiguientemente un triunfo decisivo de la justicia y del derecho. Pero como toda voz sincera, por muy elocuente que sea la palabra que lo exteriorice, envuelve al momento protestas, rencillas o envidias, en regiones desiertas del imperio de la verdad y del derecho; protestas que no pocas veces parten desgraciadamente de elementos afines. Urquijo en aquellos momentos fué el blanco de los ataques de esa prensa antes citada.

Aquel acto elocuentísimo dió lugar a disgustos personales. Pero en cambio obtuvo como recompensa la actitud resuelta de todo un país, de todo un pueblo que parecía cerrar con calurosos aplausos las últimas palabras de aquel memorable discurso del insigne presidente de la Diputación de Vizcaya. Jamás consiguieron más en la Historia los hombres legendarios, que identificarse con los latidos de su pueblo. Jamás el triunfo de una idea alcanza más prosélitos que cuando aquella surge con un carácter que tras de sí arrastra el sentimiento popular, el clamor de una raza. Y aquel fué precisamente el punto culminante de la política de Urquijo. Sobre trípode tan elevado es fuerza ser gobernante. Sobre tribuna de tanta gloriosa historia, fuerza es también ser orador. ¿Qué sucedió después? ¿Declinó? ¿Comenzó un descenso? ¿Se mantuvo? ¿Ascendió aún más? ¿Llegó el momento de la apoteosis, de una noche de cielo azul, con luces de bengalas, con músicas, con el preludio acaso de lejana sinfonía débil, armónica, tenue, cual lienzo esfumado de pincel maestro, cual línea de escultura genial? No lo sabemos. Son páginas reservadas a la Historia en su labor crítica. Lo que sí podemos afirmar es que el Sr. Urquijo ha sido el primer presidente que, dejando huellas imperecederas, pasó por el alto sitial de la Diputación de Vizcaya. Y ante 14.000 firmas de adhesión inquebrantable de todo un pueblo, su nombre fué el carácter representativo del sentir unánime del país euskalduna.

Como administrador de los intereses vizcaínos, baste decir que el Sr. Urquijo fué el factor esencial de la desaparición de todo un conjunto de debilidades, abusos, malas artes y desorganización de la Corporación Provincial. Y esto que parece fácil a primera vista, sobre todo

tratándose de imponer austeridad a empleados casi una institución, es de los actos más difíciles y de los servicios más importantes que el Sr. Urquijo pudo prestar a la provincia, mayormente si se mira desde su aspecto moral. Y digo difícil, porque tan solamente un sólido prestigio, una autoridad indiscutible puede conseguirlo, comenzando por luchar primeramente con los mismos compañeros de corporación, ajenos por lo general a radicalismos de organización interior y a poner en vigor el cumplimiento de una ley, que hiere principalmente a abusos que constituyen ingresos económicos en pugna con la admirable administración vascongada.

El patriotismo esencial de Urquijo no se detuvo en este orden de cosas, y sabiendo que la cultura del pueblo vascongado estaba necesitada de una biblioteca donde pudiese consultar, cuando se relacionaba con las diversas manifestaciones de la personalidad euskara, debido a su propia iniciativa, creóse la Biblioteca Vascongada, que existe en la planta baja del Palacio Provincial de Vizcaya. Fué quien propuso la creación de la Academia de nuestra milenaria lengua euskara, con bases preliminares, aprobadas en principio por las Diputaciones hermanas. Estas bases sirvieron a los comisionados nombrados al efecto por las Diputaciones, para dar comienzo a tan hermosa obra, y precisamente la de Guipúzcoa, recordamos, que no tomó acuerdo alguno sin previa consulta con el Consistorio de Juegos Florales, organismo dedicado al fomento y desarrollo del vascuence. Evacuada aquélla, el Consistorio emitió su dictamen, y esta es la hora en que no se sabe, si el florecimiento lógico, natural y patriótico del pensamiento de Urquijo, a falta acaso del impulso inicial, de la fuerte inspiración creadora, del vehículo irruptor de una voluntad firme, ha quedado y se mantiene extinto, sin un movimiento reparador, que surja vibrante de entre tanta voluntad adormecida y tanto petrificado cerebro. Señalamos, sin embargo, este acto de Urquijo, como una de las más bellas pinceladas en el hermoso lienzo de su acendrado amor euskalduna.

Pero su labor altamente meritoria, su acendrado patriotismo, su cultura, su don de gentes, vióse en todo su desarrollo con motivo de la estancia en Madrid de las Diputaciones hermanas, motivo de la última renovación del concierto económico. Desgraciadamente, los comisionados de las tres provincias hermanas pasaron en las diversas entrevistas con los representantes del Poder Central, momentos de verdadera tristeza y desaliento dadas las exigencias de este último.

Adolfo Gabriel de Urquijo, presidente al mismo tiempo de la Comisión gestora, viendo que se acercaban los graves momentos de un rompimiento entre ambas partes; viendo la gravedad extraordinaria que éste suponía para el país, que tan ciegamente puso en manos de sus diputados derechos sacratísimos, y movido a su vez por su alma de sincero patriota, utilizó todos los medios conducentes a un arreglo, incluso su amistad personal con S. M. el Rey D. Alfonso XIII, consiguiendo de su augusto amigo una solución que satisfizo los anhelos y aspiraciones del país, cuyos intereses defendía.

El servicio que el Sr. Urquijo prestó en aquellos momentos al país vascongado fué de tal trascendencia, que la mera visualidad de un rompimiento significaba el comienzo de una era peligrosa de discordias, odios acumulados y hasta derramamiento de sangre, en la laboriosa vida del pueblo euskalduna. Hombre de cultura y de palabra fácil, al mismo tiempo que de iniciativas, condiciones difíciles de encarnar en un solo hombre; de voluntad nada común y afable en su trato, han hecho de este vizcaíno una de las personalidades más culminantes del país vascongado. Su discurso con motivo de la reunión de las Diputaciones en Guernica, después del arreglo del concierto económico, por el tono oratorio en que se expresó, realzado con su figura arrogante evocadora elocuente de las más sobresalientes figuras de la historia de la oratoria; por la cultura histórica que en él se revelaba, por el criterio sano que mantuvo, por el buen sentido histórico que hizo camppear, por su pensamiento sereno y feliz, por la frase sintética y por el ardor de su convencimiento en la defensa de la verdad, resellando con aquel acto su conducta y su recto proceder en las gestiones de Madrid, causó grata impresión en el país, que confirmó con su aplauso unánime la opinión definitiva del patriotismo y convicciones de don Adolfo Gabriel de Urquijo.

Él fué también quien acompañó a S. M. D. Alfonso XIII durante la visita que este monarca hizo a los salones donde se celebraban las memorables Juntas Forales en Guernica, recordando a S. M. las épocas históricas de feliz recordación, en las que tanto se distinguió este país, por la adhesión a la Monarquía y a su peculiar independencia. Amante del estudio, especialmente de cuanto atañe a nuestro país, abogado, exdiputado por Baracaldo, y en la actualidad senador por Guipúzcoa, su personalidad literaria y política únense y complementan, por verdadera antonomasia. Caballero de la Orden de Calatrava, la en-

vidia y el personalismo hizole pasar por momentos de amargura durante el proceso de su cruzamiento. Pero como en todos los actos del hombre, como en todo el transcurso de la vida, lo que triunfa y sobresale por encima de las pasiones, no por ser humanas menos dañinas y perturbadoras, es la verdad fuente de toda justicia y de todo derecho, D. Adolfo Gabriel de Urquijo supo defenderse y defender su ilustre nombre, reduciendo a sus justos términos y colocando las cosas en su verdadero lugar, tanto en el palenque de la prensa como ante las gradas del Trono. De nada sirvió por lo tanto aquel infundado revuelo que surgió apenas sonó su nombre para el ingreso en la Orden de Caballeros de Calatrava, porque desde S. M. el Rey, primer Caballero de todas las Órdenes, hasta los más linajudos aristócratas, consideraron como un acto de justicia la distinción de que era objeto el Sr. Urquijo.

El país vasco, que en su totalidad no es rebelde a las cabezas directoras del país, mayormente cuando de su historia y de su personalidad se trata, carece, o por lo menos es muy escaso en el número de capacidades de sentido político y gubernativo. Tenemos un gran pueblo, una masa social de primera. Fuerza directora, muy escasa. Sin embargo, es muy modesta mi opinión. Pero pretendo acertar incluyendo entre las grandes cualidades del Conde de Urquijo una de las más sobresalientes, la de su alto sentido político y gubernativo.

Cuando Cánovas del Castillo hablaba de la rebeldía de nuestra raza, en el fondo sobrábale razón. La rebeldía está en nuestra misma sangre, así como el orgullo, aunque en estos últimos tiempos vaya degenerando mucho en vanidad. Pero Cánovas del Castillo habló en general. Permitaseme disentir en parte de quien fué tan extraordinaria mentalidad, pues si existe rebeldía y existió aún más en épocas anteriores, fué no en cuanto a desacato ni anarquía en el orden moral, sino en cuanto a lo que creyó el país ser sostenimiento de un principio vivificador de su existencia. Algo como una atenuación de lo que consideraba había de conducirle a su muerte. Pero véase en qué país se respeta y se cumple más escrupulosamente la ley y se notará que es en el vascongado. Lo que ocurre es que faltan o escasean cabezas directoras. Escasean cerebros bien formados en los diversos grados del saber, y el pueblo no pocas veces se encuentra desorientado.

Aquel discurso del Sr. Urquijo ante el general López Domínguez, no fué más que un chispazo del levantamiento moral de un pueblo. Pero ¿qué no hubiese realizado en aquellos momentos si precisamente

la voz del pueblo era una y una también su aspiración excesiva? Véase, pues, de qué modo responde el país cuando la voz de sus caudillos o de sus políticos es sincera, y esa sinceridad se traduce en elocuencia abrumadora.

Joven aún el Sr. Conde de Urquijo, ilustrado y elocuente, sabrá poner todas estas y otras cualidades siempre que las circunstancias lo reclamen al servicio del país, que es el suyo y el de sus ascendientes, y con la misma entereza con que sus mayores defendieron ideas arraigadas en aquellas almas, defenderá también la justicia y el derecho, lo mismo en el orden de las ideas como en las aspiraciones del pueblo.

Hemos aprovechado su estancia en San Sebastián para honrar nuestra modesta firma elogiando las altas virtudes del caballero, del patriota y del político. Admítalas nuestro ilustre amigo, a quien desde estas páginas le enviamos un cordial saludo de nuestra más sincera devoción.

ADRIÁN DE LOYARTE

